

mos dejar de hacer una crítica a Villoro: ¿A qué buscar insistente justificación, en lo "actual", de un trabajo que muestra fundamentalmente su valía en ser uno de esos pocos excelentes comentarios a los clásicos? El prurito lleva a utilizar métodos y principios propios de la filosofía analítica contemporánea, que no por novedosos en nuestro medio van a dar "actualidad", sólo por ellos mismos, a los problemas

a que se apliquen. Pensamos que en el caso que nos ocupa, resultan algo más que extraños, al suponer una filosofía que arrastra consigo toda una serie de problemas que vienen a ocultar, o cuando menos a violentar, el auténtico ámbito cartesiano. Esto pudo parecernos lo único que le impedía ser al libro un todo en sí completo y acabado.

ROBERTO CASO BERCHT

REVOLUCIÓN SIN ÉPICA

LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ: *La primera batalla*. Ediciones Era, México, 1965.

Era casi un imperativo: a una Revolución había que cantarle en tono épico. El ecuatoriano Olmedo, poeta de tono menor cuando se ocupó de temas íntimos, alzó la voz tonante cuando lo inspiraron Junín y Ayacucho, y con ese do de pecho admirablemente sostenido entró en la inmortalidad de la mano del tema heroico. Mijail Shólojov vivió la epopeya de la Revolución Rusa, la trasladó a las páginas de una serie de novelas caudalosas y desgarradoras, y la Academia Sueca —¿se concibe algo más ajeno al bolchevismo?— acaba de consagrarlo con el galardón del Nobel. Pero precisamente cuando las revoluciones dejaron de ser acontecimiento extraordinario para convertirse en noticia nuestra de cada día —China, Indonesia, Cuba, Argelia, Vietnam— los literatos empezaron a desconfiar de la eficacia de la epopeya para expresar la turbulencia ininterrumpida de toda una época. La Revolución Cubana, tan colmada de *pathos* heroico, no produce aún su literatura épica. ¿Derrota de la exuberancia expresiva de los hijos del trópico frente al severo rigor intelectual del marxismo? Sea como fuere, el hecho está a la vista: el propio poeta nacional de la Isla miliciana, Nicolás Guillén, declaró no hace mucho que, convertido en realidad el sueño revolucionario de toda su vida, su poesía habrá de remansarse ahora en temas más cercanos a su corazón de hombre enamorado y tierno. Para los novelistas cubanos, por otra parte, la Revolución ha representado, en primer término, la oportunidad de empezar a saldar cuentas con el pasado oprobioso que empezó en 1902 con la República mediatizada y terminó

el último día de 1958 con el derumbe de la "dictablanda" corruptora que el asalto al Moncada convirtió en dictadura desalmada y genocida.

Una de las primeras novelas que ofrece una visión solidaria de la realidad cubana tras el triunfo de la revolución, es ésta que publica ahora la mexicana Luisa Josefina Hernández. *La primera batalla* trenza en sus 140 páginas, por medio de capítulos alternos, la historia de unos personajes que viven precariamente la experiencia revolucionaria mexicana en una de las zonas marginadas del país, y una serie de impresiones, a cual más sagaz penetrante y vívida, de la existencia cotidiana en la joven república socialista del Caribe. En cierto sentido, ambos elementos estructurales de la novela constituyen un contrapunto intencionado que no incurre por un solo momento, sin embargo, en la inútil obviedad, de las conclusiones explícitas. La voluntaria renuncia al tono épico en favor de un lirismo de buena ley, cargado de implicaciones dramáticas para tratar un tema fundamentalmente político, resulta en este caso un verdadero acierto: el indudable compromiso de la autora con una causa justa ha servido, a diferencia de lo que sucede tantas veces, para realzar los méritos intrínsecos de la obra de arte. Hacia falta mucha sabiduría artística y humana para llegar a la entraña de realidades tan diversas y análogas a un tiempo, y Luisa Josefina Hernández ha demostrado poseerla en grado suficiente: *La primera batalla* es una novela que convence.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

HEGEL Y LA IDENTIDAD ABSOLUTA

HERMANN GLOCKNER. *El Concepto en la Filosofía Hegeliana*. Publicaciones del Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, México, 1965, 120 pp.

No es un interés histórico lo que dirige la exposición de Glockner en este libro. Se maneja el pensamiento de Hegel sólo como un material para destilar los elementos que deban servir a la formulación de una filosofía propia. La exposición es de carácter sistemático. El centro de las preocupaciones del autor es el problema de las rela-

ciones entre lo racional y lo irracional en las esferas de la estética y de la religión. A pesar de que la exposición no tiene una intención histórica, Glockner se propone hacer justicia a la filosofía de Hegel y, al mismo tiempo, ofrecer unos prolegómenos a toda filosofía que pretenda "acercarse, mediante conceptos, a lo irracional"

(pp. 7 y 11). Al tomar este hilo conductor en su exposición, procede, para entender a Hegel, a presentar las grandes conexiones y modificaciones históricas que manifiesta el concepto de "concepto" de Aristóteles a Kant, de Kant a Fichte y Schelling, de Schelling a Hegel.

Glockner observa acertadamente cómo para Aristóteles el concepto de "concepto" es a veces teoría formal de la definición, representación del objeto "en cuanto a su determinación pensada", otras veces una sustancia, "un objeto dentro del mundo" que poseemos cuando conocemos algo. Sin embargo, el problema es que, paradójicamente, se haya tenido por "pensamiento aplicado" (metafísico) el saber de la "cosa" mediante su "definición", es decir, mediante un "saber acerca del pensamiento mismo" o acerca de la forma en que se manifiesta la actividad pensante (pp. 23-28). La lógica aplicada de Aristóteles no supera los límites del formalismo: el objeto se resiste a ingresar al círculo del concepto.

Kant, que se propuso quebrantar estas limitaciones en la lógica trascendental, entendió por concepto una unidad de varias representaciones que se deja tratar como "juicio". Pero Glockner subraya que si el juicio juzga algo, no puede separarse del residuo fenomenal que ha de comprenderse objetivamente. Junto a lo que puede conocerse de este modo, Kant produjo la "infeliz doctrina" de algo que no puede ser conocido más allá de esa comprensión objetiva: "la cosa en sí", que vuelve a escapar del círculo objetivo del pensar (pp. 34-39).

Éste fue el estigma de la teoría kantiana del concepto que pretendieron eliminar Fichte y Schelling: tampoco pudo reducirse a concepto lo "absolutamente distinto" del pensamiento, lo "heterológico", "la tragedia del objeto". En Fichte el concepto ya era una tarea infinita y una decisión práctica: el yo que se autoafirma "simultáneamente con el no-yo" siempre afirma un residuo inalcanzable. "¡Tanto yo, tanto no-yo; tanta solución, tanta tarea!" (p. 44). Para Schelling el saber acaba por tomar el tono sombrío de lo irracional; el concepto, que aquí se transforma en una "intuición general", a-tórica, del infinito de la naturaleza,

constituye una de las posturas más resonantes del pensamiento metódico (pp. 57-60).

Sobre estos antecedentes la exposición de Glockner recorre, en tres etapas, la metamorfosis del concepto en la filosofía de Hegel, el filósofo que triunfó sobre el romanticismo incorporando las esferas irracionales en una estructura "científico-sistemática". Es una exposición breve y esmerada a la vez, que intenta señalar "lo secreto", como podría decirse, en la filosofía hegeliana.

Como elemento lógico el concepto en Hegel es una estructura concreta cuya forma se identifica con su contenido. Es la sustancia "A" afirmada conscientemente: "A = A" que es conciencia de sí misma. El concepto es concreto, pero subjetivamente afirmado: la identidad de concepto y cosa como conciencia de sí misma, individualizado y determinado en sí por la obra "atomizante" del intelecto (pp. 71-75).

El concepto como *idea supra-lógica* surge ahí donde la función determinativa del intelecto, al mismo tiempo que fija "A = A" como perfección "cerrada en sí misma", co-determina "no-A" en la medida en que reconoce que "A" no está "totalmente" determinada en su objetividad. La idea es el concepto y la verdad como "totalidad objetiva". Ver esta totalidad es tarea de la razón. Pero "no-A" se vincula a la tragedia del objeto: se opone a "A" como una tarea de la razón no realizada conclusivamente por ésta (pp. 78-82).

El *espíritu*, o la raíz metafísica del concepto supra-lógico, representa la fuerza penetrante que pone la identidad de "A" y "no-A" en un "proceso" o devenir eterno, donde el cisma dialéctico de la idea acaba por aquietarse, donde las oposiciones se neutralizan. Es la identidad absoluta, el concepto absoluto, pero una identidad y un concepto absolutos "cargados" de negatividad y, por eso mismo, la fuente de todos los desarrollos y movimientos posibles. El concepto absoluto de Hegel lleva en sí mismo todavía, como una célula, el principio heterológico (pp. 83-87).

En las consideraciones finales Glockner se aplica a relacionar el concepto como "idea" y el concepto como "espíritu" a fórmulas estéticas y religiosas.

WONFILIO TREJO

UN LIRISMO DE LA INTRASCENDENCIA

Efrén Hernández. *Obras: poesía, novela, cuentos*. Nota preliminar de Alí Chumacero. Bibliografía de Efrén Hernández por Luis Mario Schneider. Colección "Letras mexicanas". Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 430 pp.

Es cierto que la historia de la literatura no se hace exclusivamente con las obras de las grandes figuras. Han existido escritores de tono menor que con sus libros han aportado material suficiente para configurar y completar una época, una tendencia, un mito. Sin embargo, son muchos los riesgos

que se corren cuando se otorga desmedida importancia a una figura y a una obra poco trascendentes. Por otro lado, el tiempo viene a ser el indicador más sabio y más notable: una década o dos, a veces menos años, son suficientes para aclarar panoramas y criterios.

Es necesario respetar el homenaje que el Fondo de Cultura Económica otorga a la obra y a la personalidad de Efrén Hernández como poeta y como prosista dentro de la literatura mexicana contemporánea. Sus aciertos más loables están en su poesía, en esa espontánea expresión de lo romántico. El lirismo de Efrén Hernández es un lirismo popular de raíces clásicas: "ésta es la hora amante y amarguísima, / en que mi vida se alza entre la noche / y vaga en una torre imaginaria". Pero este lirismo no contiene la consistencia formal que en otros poetas revela el descubrimiento del único, forzoso medio de expresión. ¿En dónde buscar la falla?, probablemente en el alto precio que con respecto al tiempo y a la especialización deben pagar los grandes poetas. En *Entre apagados muros* sentimos la presencia nítida de San Juan de la Cruz y, al mismo tiempo, el "angustiado polvo" de aquellos poetas de nuestra época cuyo talento ha sido fertilizado por las influencias clásicas francesas. Para describir la poesía de Efrén Hernández debemos agregar la búsqueda de lo supuestamente racional: "... Ceniza del trigo, harina muerta, / miga

triste, fantasma de sustento".

En su prosa podemos admirar cierta capacidad sintética que, en planos más acertados, supieron lograr Torri y Arreola. *Tachas*, el mejor cuento de Efrén Hernández, nos revela también el placer por el monólogo interior, el deleite por la descripción de los hechos a través de las palabras que posee un solo narrador, un solo personaje. Pero, a la vez, (y esto podemos encontrarlo en toda la obra de Efrén Hernández) dominan los elementos de la ingenuidad. Ingenuidad en los conceptos, ingenuidad en las situaciones, ingenuidad en la estructura y en el desarrollo, ingenuidad que si en la poesía desembocaba en un interesante romanticismo, en la prosa nos lleva al suceso intrascendente. Estas *Obras* de Efrén Hernández nos servirán para el descubrimiento (o redescubrimiento) de una obra mínima particular. Probablemente no llegaremos a consultar el libro para descubrir antecedentes de nuestra actual literatura. Sin embargo, reconoceremos el sitio poco preponderante y nos solidarizaremos con el mínimo homenaje.

ALBERTO DALLAL

CORRIENTES DEL PENSAMIENTO PSICOLÓGICO

F. L. MÜLLER, *La psicología contemporánea* (Col. Popular). Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 238 pp.

Esta obra, editada por el Fondo de Cultura Económica en una impecable traducción de Julieta Campos, no es un libro de vulgarización simplemente. Es mucho más que eso. Incluso un especialista de cualquiera de las ramas de la psicología actual hallará no poco que aprender de otras orientaciones contemporáneas en este libro, orientaciones de las que la especialización forzosa le habrán tenido quizás alejado.

El autor, profesor en Ginebra, es ya conocido de nuestro público por su *Historia de la psicología*, aparecida en la misma editorial y en la que demostró ya su competencia indiscutible en este campo. La nueva obra ha reproducido mucho de lo contenido en la anterior (¡forzosamente!), pero ha ampliado la exposición y ha añadido nuevas escuelas e investigaciones. No se la puede considerar en modo alguno superflua, ni en la relación con la obra anterior del autor, ni respecto de las otras obras existentes sobre el tema.

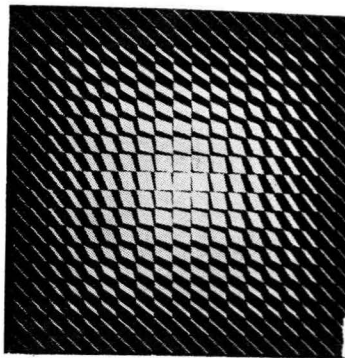
Evidentemente toda obra de historia —y tanto más si es de historia contemporánea— implica una cierta selección personal por parte del historiador del material a "contar" —aquí las doctrinas psicológicas—. Ningún otro historiador podría coincidir en esa selección. Tampoco el crítico. El psicólogo X o el profesor Z considerarán demasiado el espacio concedido a Sartre o a Moreno y demasiado poco

el reservado a Freud o a Watson. Un psicoanalista kleiniano lamentará la omisión del nombre de Melanie Klein y un profesor de Lovaine resentirá la ausencia de los de Michotte o Nuttin. Un latinoamericano o español echará de menos la presencia de algún apellido castellano y considerará excesivo el número de suizos citados en el libro...

Pero evidentemente la intención del autor no es proporcionar un cuadro exhaustivo de la psicología contemporánea ni la de medir la importancia de los autores y corrientes citadas por el número de páginas dedicadas a su exposición. Se le puede perdonar a un ginebrino que cite a su paisano psicoanalista Baudouin y no al ruso-austriaco Caruso.

En el caso concreto de Freud el autor se excusa expresamente de reducir al minimum su exposición, alegando el hecho evidente de ser Freud uno de los autores que cuenta con mayor bibliografía y al alcance de todas las fortunas intelectuales. Si se quisiera hacer una crítica más a fondo, habría que poner el acento en otra omisión: el autor no señala suficientemente la trascendencia de Freud al crear un instrumento de investigación, una *praxis* revolucionaria que tiene la cualidad de ser transmisible. El genio de Bergson no es heredable.

La intención del autor es, más bien, la de "aclarar en cierta me-



didada la situación de la psicología contemporánea o, más bien, de las ciencias psicológicas contemporáneas; porque, si bien la parcelación de su campo y de sus investigaciones no impide convergencias, no podría decirse que la psicología, tanto desde el punto de vista de los métodos como de su objeto, sea una" (p. 7). Creemos que el libro lleva airoosamente a término esta tarea. Las corrientes en él expuestas son todas ellas representativas y lo están con una claridad y precisión notables. Aun cuando el autor no renuncie, aquí y allá, a realizar ciertas apreciaciones críticas (muy mesuradas en general), la exposición de las doctrinas no es tendenciosa, sino objetiva y fiel —hasta donde podemos juzgar—. Claro, en un libro de estas dimensiones no pueden presentarse detalles, sino ideas fundamentales, *leitmotive*, orientaciones; pero simplificación no siempre implica deformación.

El lector encontrará, en cambio, una información sugestivamente orientadora sobre las más importantes direcciones del pensamiento psicológico contemporáneo: desde la psicología profunda, la psicofisiología (ésta un poco demasiado sumaria quizás), la psicología animal, la reflexología, el behaviorismo, el gestaltismo, la psicología social (Mc Dougall, Allport, Fromm,

Kinsey, Lewin, etcétera) hasta Bergson, Sartre y Merleau-Ponty. La extensión concedida a estos tres últimos autores (casi la cuarta parte de la obra) puede parecer desorbitada y responde sin duda a una visión personal —otros dirían arbitrariamente— del autor. Este beneficio concedido a unos autores de raigambre filosófica, sin embargo, nos parece de interés para contrarrestar la corriente empirista y pragmatista desaforada que domina hoy en día la investigación psicológica (sobre todo en EE.UU., donde parece tener carácter de ciencia nacional de empleo universal) y para invitar a una más honda reflexión sobre el sentido y el mensaje antropológicos de la psicología. Se trata, sobre todo en el caso de Sartre y Merleau-Ponty, de autores perfectamente enterados de las direcciones psicológicas contemporáneas y que han intentado, en diferentes momentos, estructurar científicamente la psicología (existencialista o fenomenológicamente en cuanto al método, respectivamente) dentro del pensamiento inspirado en la dialéctica marxista —cosa de la que no han sido capaces hasta ahora los psicólogos de detrás del telón de acero, dedicados a un comentario escolástico y beato de Pavlov.

Es lástima que el autor, que pretende aclarar la situación actual de la psicología, no haya señalado suficientemente los muchos trabajos de aproximación que se vienen realizando en los últimos años, particularmente entre psicoanálisis, behaviorismo, etología y personalismo dialéctico. La impresión general hubiera sido más real y quizás también más optimista.

ARMANDO SUÁREZ

UN NOVELISTA EN FORMACIÓN

ARMANDO AYALA ANGUIANO, *Unos cuantos días*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1965.

Cuando Armando Ayala Anguiano publicó su primera novela (*Las ganas de creer*, 1958), la crítica le dispensó una acogida más bien favorable. El joven escritor (entonces tenía treinta años) traía a la narrativa mexicana un tema que era y sigue siendo prácticamente virgen: la vida de aquel sector de la población más afectada por la influencia norteamericana en la región norteña del país. La técnica misma de Ayala Anguiano revelaba la influencia de algunos de los novelistas norteamericanos más notables de la generación anterior, sobre todo Hemingway y Steinbeck. Esa influencia se manifestaba tanto en el tema —la azarosa existencia de los "underdogs" de una sociedad que en su creciente integración relega sin piedad a sus elementos marginales— como en la narración

de ritmo rápido y nervioso y en los diálogos ágiles e incisivos. Pero a diferencia de Hemingway, estilista consumado, su discípulo mexicano exhibía una prosa un tanto desmañada que le restaba calidad artística a la obra. Se pensó que si Ayala Anguiano, que daba muestras de poseer un buen sentido de construcción novelística y de creación de personajes, lograba superar sus deficiencias estilísticas, podría llegar a figurar entre los mejores narradores mexicanos de su generación.

La segunda novela del autor, *El paso de la nada*, publicada en Buenos Aires en 1960, no representó ni un avance ni un retroceso respecto de *Las ganas de creer*. De esta suerte, la aparición de *Unos cuantos días* obliga a la valoración, ya no tanto de las posibilidades de un autor novel cuanto de la reali-